

Santuarios (Santo Toribio de Liébana) e identidad cristiana

José María Lucas, ofm

Hermano guardián de la fraternidad franciscana de Santo Toribio

Como hermano guardián de la fraternidad franciscana que habita este monasterio y como rector de este santuario, les doy a todos ustedes la bienvenida y agradezco que hayan elegido este lugar para el desarrollo de una de las jornadas de este V Encuentro de Rectores de Santuarios y Delegados de Piedad Popular, cofradías y hermandades.

El tema de este encuentro: «Identidad cristiana y piedad popular», así como su presencia hoy en este santuario de Lignum Crucis, explicita el convencimiento de que los santuarios pueden ser, lo son de hecho, lugares muy valiosos de evangelización. A ellos acuden personas muy distintas. Vienen alejados de la fe, convertidos, peregrinos con motivaciones muy diferentes, niños y ancianos, personas de muchas nacionalidades, buscadores de experiencias religiosas. Muchas de las personas que acuden no pasan por sus parroquias, no forman parte de un movimiento eclesial, no tienen una especial simpatía por la Iglesia. Sin embargo, vienen a los santuarios buscando algo. Aunque lo hagan por turismo o el santuario sea un lugar de paso, ofrece un sentido de trascendencia que no deja indiferente. Cuando una persona se acerca a un santuario espera algo que a veces no sabe formular. Las personas que llegan hasta aquí esperan algo que nosotros, desde la peculiaridad de cada monasterio, podemos ofrecer. Cada santuario tiene que descubrir su clave evangelizadora.

La pregunta que nos hacemos es si se puede hacer una pastoral, mejor un plan pastoral, en un santuario cuando no sabemos las personas que vienen, cómo vienen, las preguntas que traen; o cuando vienen

grupos o movimientos muy identificados con una espiritualidad o colectivos nacionales que viven y expresan la fe desde su propia cultura, con frecuencia, muy diferentes a la nuestra. Normalmente quien visita el santuario, salvo que se trate de alguna fiesta o romería, pasa en él muy poco tiempo, busca conocer algo de la historia, contemplar y disfrutar del paisaje, o participar una celebración litúrgica. ¿Cómo hacer para que el paso por el santuario sea una experiencia significativa? Avanzo dos ideas que iré desarrollando a lo largo de la exposición para una pastoral de santuarios: cuidar la acogida, e ir a lo esencial en el mensaje que se quiere transmitir desde lo peculiar de cada santuario.

El monasterio de Santo Toribio de Liébana, y en los años jubilares de una manera especial, gracias a que en él se custodia la reliquia de la cruz de Jesucristo, es un importante centro que transmite los elementos nucleares de la identidad cristiana: la centralidad de Dios, Jesús y su seguimiento, la Iglesia, el perdón, la fraternidad, la solidaridad, el diálogo, el respeto a la creación, el ecumenismo. Es importante destacarlo en un momento histórico en el que lo cristiano tiende a diluirse a causa del relativismo ético, el ocultamiento de Jesús en aras a un pretendido diálogo interreligioso, la dificultad de manifestarse como creyentes en la sociedad contemporánea.

La presente comunicación no pretende ser una exposición sistemática, algo que excede mi capacidad y experiencia, sobre cómo tiene que ser la pastoral en los santuarios de cara al fomento de la identidad cristiana de los peregrinos. Más bien, quiere presentar algunos apuntes de nuestro trabajo pastoral, teniendo en cuenta las características propias de este santuario y la pluralidad de motivaciones, experiencias de vida y espiritualidades de quienes acuden anualmente a visitarlo.

Punto de partida: centralidad de la cruz y el crucificado

Este monasterio de Santo Toribio de Liébana, santuario Lignum Crucis, conserva desde hace más de mil doscientos años el trozo más grande del mundo de la cruz de Cristo. Con este motivo se ha proclamado y

celebrado un misterio central en la fe cristiana: Jesucristo crucificado, muerto y resucitado. Hay que reconocer y valorar esta tradición eclesial milenaria como el misterio de gran valor teológico y espiritual que encierra. No se trata de una devoción de valor secundario en la teología y la espiritualidad cristiana. Sin querer entrar en comparación con otros santuarios que en nada ayudan y con quienes tenemos muchos puntos en común, si creo que se puede afirmar que este es más importante que cualquier otro santuario por su larga tradición, y por el misterio que representa y recuerda.

Como en otros santuarios, en este del Lignum Crucis se une el arte y la fe como ha ocurrido siempre en la tradición secular de la Iglesia. La fe encuentra en el arte una forma de decirse, expresarse, comunicar el mensaje del Evangelio y transmitir una espiritualidad. Aquí, se escribió en el año 776 el primer comentario al Apocalipsis, obra del abad Beatus, que dará su nombre a la colección de los comentarios al Apocalipsis, que se copiarán en los *scriptoria* monásticos desde el siglo IX al XIII. Aquí, como han demostrado los recientes estudios realizados con georradar, había en el siglo IX una iglesia prerrománica, sobre la que se edificó una románica en el siglo XI, sobre la cual se ha levantado la actual iglesia del siglo XIII. Más tarde, en los siglos XVII y XVIII se monumentaliza el monasterio con la construcción de la Capilla de la Cruz, obra cumbre del barroco cántabro, para colocar en un lugar digno la reliquia de la cruz y los restos de santo Toribio de Astorga. El arte dentro de un espacio como expresión del misterio y de los contenidos de la fe. Es necesario ponerlo de relieve en estos tiempos en el que se corre el peligro de reducirlo todo a una rápida visita turística, que el turismo se coma al monasterio, y el recinto sagrado sea un lugar para fotografiar. El arte es una mediación muy importante para transmitir el mensaje.

En el centro, el crucifijo y el Crucificado. Toda la actividad pastoral del santuario tiene como centro la reliquia de la cruz. Interesa no el trozo de madera, sino quien colgó del madero, el Crucificado. La reliquia está al servicio de la transmisión del kerigma cristiano: «Porque yo os transmití en primer lugar, lo que también yo recibí: que Cristo murió por nuestros pecados según las Escrituras; y que fue sepultado y que

resucitó al tercer día, según las Escrituras» (1 Cor 15,3-4) El crucifijo, en este caso la reliquia de la cruz, pero también el calvario que preside la nave principal de la Iglesia, son expresión de la fe en el crucificado y del sentido salvífico de su muerte. El paso de tantos peregrinos y personas que visitan el santuario nos dice que el Crucificado habla muy fuerte, ilumina los problemas de la vida, no es algo abstracto, sino es lo más real. Solo hay que saber exponerlo con verdad y radicalidad para que el mensaje cristiano, por lo tanto, la identidad, tema de este encuentro, no se quede en algo etéreo o en una idea más junto a otras ideas.

El monasterio

Está situado en el parque nacional de los Picos de Europa. Se levanta al pie del monte la Viorna que tiene una altura de 1.150 m, y está custodiado por los picos, montañas, vegetación variada, como si todo quisiera confluir en ofrecer un refugio adecuado a la reliquia de la cruz. Al decir de los peregrinos, este paisaje natural en el que se enclava el monasterio es un reclamo y una mediación para abrirse al misterio.

Los orígenes del monasterio se remontan al siglo vi. Se tiene como fundador a santo Toribio el monje, quien con cinco compañeros vino desde Palencia a este lugar para vivir vida monástica y para evangelizar a los habitantes de estas montañas cántabras. No se sabe la regla que profesaban, quizá la de san Fructuoso, u otras específicas de cada comunidad, mediante acuerdos tomados por los abades —*Regula Communis*—.

A partir del año 828, sin duda por la presencia de la reliquia de la cruz y los restos de santo Toribio de Astorga, este pequeño monasterio inicia una rápida expansión que lo llevó a constituirse como una abadía benedictina, aunque pronto, en el año 1183, pasó a ser un priorato de la abadía de San Salvador de Oña en la provincia de Burgos. La presencia benedictina cluniacense va a durar hasta la exclaustración de 1835. El monasterio estuvo deshabitado más de ciento veinte años, aunque, al ser parroquia, siempre hubo celebraciones litúrgicas. En 16 de abril de 1961 los franciscanos nos hicimos custodios del monasterio y la reliquia.

Arquitectónicamente el monasterio/santuario se caracteriza por su austeridad y sencillez. Lo importante, más que la decoración casi ausente, es el espacio que invita al recogimiento y a la oración. Muchos peregrinos valoran y dicen que la humildad del lugar ayuda al encuentro con Dios.

El *lignum crucis*

Es la razón y la fuerza de este santuario y de toda la comarca de Liébana, cuya cultura, historia y prácticas de piedad popular no se pueden entender sin la presencia de esta reliquia. En ella se condensa la presencia de Dios en este santuario que atrae a tantos peregrinos que nos visitan, es la memoria del amor de Dios entregado en Jesús, es el símbolo de un amor que habla alto porque quien murió en el leño entregó su vida hasta morir por amor.

Sin pretender hacer un recorrido histórico, sí quiero destacar algunos datos sobre el encuentro de esta reliquia y su presencia en este santuario. Nos cuenta la tradición que fue hallada por santa Elena, madre del emperador Constantino, en unas excavaciones que mandó realizar en el monte Calvario, después de ordenar derribar una estatua a Júpiter y un templo a Venus, que, a finales del siglo II, había mandado construir el emperador Adriano. En los estratos más bajos del Gólgota aparecieron varias cruces, una de las cuales se concluyó después de un proceso de discernimiento, que era la cruz de Cristo.

El brazo horizontal de la cruz se quedó en la sacristía del Santo Sepulcro, otro trozo fue enviado al emperador y otro al papa. Allí se la encontró santo Toribio, que había peregrinado a Jerusalén en el siglo V. Permaneció unos siete años como custodio de las reliquias que se conservaban en el Santo Sepulcro. Por las tensiones internas con los judíos y por las incursiones frecuentes de los persas, Toribio, con el permiso del obispo Juvenal, sacó las más valiosas, entre ellas, el brazo izquierdo de ese madero horizontal, quedando el derecho en Jerusalén.

Ya en España, depositó las reliquias en Astorga, ciudad de la que fue nombrado obispo y en la que murió hacia el año 474. Allí permanecieron las reliquias hasta el año 714 en el que Astorga fue arrasada por Tariq. Ante el peligro que suponía la invasión musulmana, los devotos de Astorga sacaron las reliquias y los restos de santo Toribio llevándolos a Monsacro de Morcín, en Asturias, de donde vienen a este monasterio de San Martín de Turieno, nombre del primitivo cenobio, a finales del siglo VIII o principios del IX.

El primer documento escrito en el que se menciona la presencia de la reliquia es de 1316, aunque abundan los indicios que hablan de que siglos antes ya estaba la reliquia aquí. En 1958 se llevó a analizar un trozo de esta madera al Instituto de Investigaciones Forestales de Madrid, que concluyó que se trata de una madera de ciprés, *Cupressus sempervirens L*, muy abundante en los montes de Palestina y que la madera tiene una antigüedad de más de dos mil años. Por tanto, la ciencia certifica lo que la historia, la tradición y la fe han venido afirmando desde hace siglos.

La reliquia de la cruz no es una pieza de museo o una curiosidad. Para quien la mira con fe es «libro abierto que enmuda toda elocuencia». Habla de la pasión, muerte y resurrección de Jesucristo. Un mensaje que en la tradición de la Iglesia ha tenido acentos diferentes. La Iglesia, desde la primera generación, manteniendo su integridad y unidad, ha tenido miradas diferentes sobre la pasión. Nos ha regalado cuatro versiones, la de los evangelistas y la de Pablo. Cada visión tiene sus acentos y nos regala miradas distintas de la pasión de Jesús, así como rostros diferentes de Jesús y de su figura. No es igual la visión de Marcos que la de Juan. Todas las miradas de Jesús en la cruz son ricas y se complementan. Esta pluralidad de miradas a la cruz es importante tenerla en cuenta en la pastoral de este monasterio.

La adoración de la reliquia

Lo señalo porque es un momento importante en la transmisión del mensaje de la cruz. Hasta el covid, los peregrinos pasaban y besaban o tocaban la reliquia. Ahora se hace una venia, una genuflexión... Es un

momento de gran intensidad y carga emotiva en el que se puede ver las lágrimas de muchas personas que visibilizan su historia de vida, su manera de comprender y vivir la fe y lo que significa la contemplación de la reliquia. Hay quienes agradecen, otros piden, otros simplemente están. Todos los días nos encontramos con infinidad de historias humanas y descubrimos la fuerza de la cruz que esta reliquia visibiliza. No es fácil, y no nos toca a nosotros discernir la emotividad del momento y lo que queda después, pero no podemos olvidar el testimonio de personas concretas que afirman que venir aquí y adorar la cruz, el sentirse interpelado por ella, estar y agradecer delante de la cruz les ha cambiado la vida.

Evidentemente no se trata de una veneración a la madera, sino de un acto de adoración a quien estuvo clavado en ella, al que muriendo nos regaló la vida, al que está a nuestro lado en todos los momentos y circunstancias de nuestra existencia. Para muchos es un momento de encuentro con aquel al que se ha estado buscando durante mucho tiempo. «Cuantos caminos recorridos hasta llegar a ti», decía un joven peregrino con lágrimas en los ojos al pasar delante de la cruz.

La adoración de la reliquia va precedida normalmente por una explicación de la historia de cómo ha llegado hasta este monasterio y una catequesis sobre el significado de la cruz. Este es un momento importante que ayuda a muchas personas a situarse en el lugar y en el misterio que están contemplando. No nos detenemos en la explicación del arte del monasterio, la cultura, aunque se dan algunos apuntes de ello, sino en la cruz, el mensaje que transmite del amor incondicional de Dios.

Años jubilares

Una peculiaridad que distingue a este santuario es el de ser uno de los cuatro lugares en el mundo en el que se celebraban años jubilares extraordinarios de carácter perpetuo (actualmente son siete). Cada vez que el 16 de abril, fiesta de santo Toribio de Astorga, cae en domingo, se abre la puerta del perdón iniciándose un año jubilar.

La tradición de celebrar años jubilares en este santuario es muy antigua. Ya en el año 1445, unas actas capitulares registradas en Palencia sobre las peregrinaciones a Tierra Santa y Roma incluyen lo siguiente: que si algunos de los beneficiarios quisieran visitar el cuerpo del glorioso santo Toribio de Liébana tendrían el derecho a la bula del jubileo que se llevaría a cabo durante quince días. Pero el comienzo real será en 1512, cuando el 23 de septiembre el papa Julio II reconoce de manera provisional la demanda del prior de Santo Toribio, perteneciendo el convento a la diócesis de León, acerca de la indulgencia con estas palabras: «Todos y cada uno de los fieles que visitaren la iglesia en la que descansa el mismo santo Toribio, en otro tiempo obispo de Astorga, y donde se guarda una gran parte de la cruz del Señor que allí resplandece con continuos milagros, en la fiesta del predicho y cuando cae en domingo y en los siete días siguientes, puedan ganar indulgencia plenaria y remisión de todos sus pecados». Tres años más tarde, su sucesor León X, mediante la bula *Dignitatus est Salvator*, confirmaba a este santuario como lugar jubilar permanente.

La razón por la que la bula de 1515 justifica este jubileo dice:

Que en la iglesia de dicho monasterio [...] existe, además del cuerpo de santo Toribio de Astorga que allí reposa, una parte grande de la dicha cruz del Señor, con el agujero de uno de los clavos que traspasaron las manos y los pies del Señor, y muchas otras reliquias allí guardadas, que el propio santo Toribio, al cesar en el cuidado de la sacristía del Sepulcro del Señor en Jerusalén, que rigió durante siete años, se dice que, por consejo divino, trajo desde Jerusalén y aquí depositó; en cuyo honor se dice que todos y cada uno de los fieles cristianos de ambos sexos, con espíritu penitencial y habiendo confesado y visitando la Iglesia y el trozo de la cruz y las reliquias citadas, la voz común desde antiguo en aquella comarca contaba que ganaban indulgencia plenaria y remisión de los pecados por concesión de la Sede Apostólica¹.

Hasta el año 1967 el tiempo jubilar se extendía por siete días. Pablo VI dio la posibilidad de ganar la indulgencia durante todo el año equiparando el jubileo lebaniego al compostelano. Hasta la actualidad hay documentados setenta y ocho años lebaniegos.

¹ J. GONZÁLEZ ECHEGARAY, «Historia del monasterio lebaniego y de su año jubilar», en AA. VV. *Año Jubilar Lebaniego* (Cantabria Tradicional, Torrelavega 2006) 43-44.

La celebración de los años jubilares de carácter extraordinario ha hecho de este monasterio un centro de peregrinación no solo de personas de Liébana y de Cantabria, sino de distintas regiones de España y, cada vez más, de diferentes partes del mundo. Las peregrinaciones eran fruto de la devoción, pero, sobre todo, de la convicción de las gentes de que, en este lugar, y al contacto con la reliquia de la cruz, se producían muchos milagros, curaciones de enfermos físicos y mentales. El historiador benedictino fray Antonio de Yepes escribe en el 1609 que ninguno de los enfermos que llegaban a este lugar a visitar la cruz «que no quede libre del demonio, y así acuden a este santuario de todas partes del reino en romería».

La afluencia de peregrinos propició la creación de albergues en el camino para su alojamiento y hospitales para la atención y cuidado de los enfermos. Muy cerca del monasterio estaba el hospital San Lázaro. De esta manera el amor cristiano se hizo concreto en aquellas personas más débiles que venían a este santuario para adorar la cruz de Jesús, dar gracias, pedir por ellos o por otros.

Los peregrinos

Las motivaciones de quienes vienen a este santuario son muy variadas. Llegan aquí en excursiones programadas, parroquias, colegios, asociaciones culturales, movimientos eclesiales, hermandades, cofradías, grupos folclóricos, personas que vienen andando por alguno de los cuatro caminos de peregrinación que terminan en el santuario. Centrándonos en los grupos y personas que vienen con una intencionalidad religiosa, cada uno tiene su propia idiosincrasia que se pone de manifiesto en las celebraciones, en el modo de expresar su piedad, en el vestido, las imágenes religiosas que algunos traen. Es importante reconocer y asumir esta pluralidad celebrativa, descubrir su valor y orientarla, si fuera necesario, hacia una fe más madura, pero sin que eso suponga una negación de lo que tienen de verdad, de expresión de la confianza en Dios y camino de encuentro con él. Junto a esta valoración, hay que presentar el mensaje de la cruz, su riqueza y significación. En este sentido se hace

necesaria una acogida cercana y de calidad, las catequesis sobre la cruz que solicitan varios grupos, la proximidad a las personas para contestar a sus preguntas.

El cardenal Gianfranco Ravasi, en una conferencia que impartió en la embajada de España ante la Santa Sede², distingue tres tipos de peregrinos: los que lo hacen con los pies, como un reto físico; luego los que peregrinan con los ojos, buscan la belleza, conocer otros lugares o culturas; por último, están los que peregrinan con el corazón buscando el misterio, la presencia trascendente que encierra el santuario. Hay, pues, tres tipos de personas que nos visitan. Están los no creyentes, cada vez son más, carecen de una cultura mínima religiosa, por lo tanto, no entienden casi nada de lo que representa el santuario y su mensaje. Entran sin pararse en nada, sacando fotos a todo, no reconocen el lugar sagrado en el que están. En este santuario esto se da mucho al ser un reclamo turístico muy importante en la provincia de Cantabria y en la comarca de Liébana. Tenemos el reto de que evitar que el santuario se convierta en un lugar que visitar y que pierda todo su sentido sagrado. Están también los que son sensibles a lo espiritual a quienes hay que ofrecerles espacios de silencio, posibilidad de encuentro con algún responsable del santuario que los ayude a abrirse a otra realidad. Por último, están quienes vienen con una motivación creyente, saben qué es lo que se van a encontrar, lo buscan, lo celebran y lo agradecen. Nuestra acción pastoral se dirige principalmente a estos últimos.

El gran desafío que tenemos es cómo abrirse a una pastoral que tenga en cuenta de manera diferenciada a todas las personas, hacer que el santuario conserve su esencia y transmita el mensaje que le es propio.

Santuario Lignum Crucis e identidad cristiana

Damos por supuesto que en las ponencias anteriores se han explicado detalladamente los contenidos de la identidad cristiana, las condicio-

² Cf. *Vida Nueva* 3273 (4-10/6/2022) 24-30.

nes que la hacen posible, así como las amenazas a las que se ve sometida en este momento histórico, principalmente el pluralismo religioso que tiende a rebajar los propios elementos identitarios en aras a un diálogo interreligioso en el que se niega lo específicamente cristiano, la centralidad de Jesucristo, para equipar el cristianismo a otras religiones o espiritualidades, el relativismo moral, el auge de espiritualidades no específicamente religiosas, la influencia cada vez mayor de las religiones orientales, los medios de comunicación social y redes sociales.

Partimos de la convicción de que la identidad no es algo dado, sino algo por descubrir. Se trata de un proceso que dura toda la vida. Caminar hacia la identidad cristiana está íntimamente unido a la maduración humana, con el logro de una identidad personal y social estable, con los procesos vitales de crecimiento. No es lo mismo en la adolescencia que en la vida adulta, ni que se tenga una experiencia, aunque solo sea inicial de fe y encuentro con Jesús, que no tenerla. Entendemos que la identidad cristiana es el eje vertebrador de la existencia, lo que la fundamenta y da consistencia. Supone la experiencia teológica de encuentro con Dios, pero alcanzarla, normalmente, suele llevar tiempo. Teológicamente la identidad es fruto de un proceso en el que la persona recupera su ser «a imagen y semejanza de Dios», llamada por Dios a realizarse en Cristo.

Por otra parte, las personas, muchas de otros países, que viene a este monasterio lo hacen con su propia identidad cultural en cuyo marco expresa su identidad cristiana. Vivimos la fe en representaciones culturales distintas que se ponen de manifiesto en la imagen que se tenga de Dios, en la comprensión de Jesús, en la diversidad celebrativa. Esto puede ser motivo de conflicto, pero una pastoral de santuario tiene que valorar todo lo que el peregrino trae y su manera de expresarlo, no rechazarlo y creer que la gracia de Dios y la disponibilidad de la persona hacen posible el encuentro, la experiencia mística.

No le toca a un santuario plantearse una pastoral de procesos que permitan a la persona un crecimiento progresivo en su identidad cristiana porque quienes vienen no permanecen mucho tiempo. Sin embargo, el santuario si ofrece lo que yo llamo un «mensaje focal», en

nuestro caso representado por la reliquia de la cruz, y momentos celebrativos de gran intensidad que pueden ser el inicio de algo nuevo y que la persona vuelva a su hogar transformada. Para que eso pueda darse, el mensaje tiene que transmitirse de una manera muy directa. Tiene que enganchar con la realidad y anhelos que están viviendo las personas, interpelar y ofrecer caminos. Cada santuario tiene su propio mensaje que comunicar: puede ser mariano, de devoción a algún santo, o el de la cruz, como en este, pero en lo particular de cada santuario están contenidos todos los elementos que constituyen la identidad cristiana.

En esta comunicación, voy a señalar algunos núcleos conocidos de la identidad cristiana y la manera como tratamos de predicarla y fomentarla en este santuario, sin ocultar todo el camino que nos queda por recorrer. El símbolo del que partimos es la reliquia de la cruz. Si como decía Kant «el símbolo da que pensar», tenemos en esta reliquia un medio privilegiado para transmitir la identidad de la experiencia cristiana. La cruz y el crucificado es la sabiduría de Dios: «Nosotros predicamos a un Cristo crucificado, que es escándalo para los judíos y locura para los paganos. Mas para lo que han sido llamados, sean judíos o griegos, se trata de un Cristo que es fuerza y sabiduría de Dios» (1 Cor 1,23-24).

El amor de Dios

En un mundo en el que lo divino, Dios, queda tantas veces diluido o se confunde con energías, misterios, lo primero que recuerda esta reliquia es el amor concreto y personal de Dios. Un amor que hemos palpado en la cruz de Cristo: «Tanto amó Dios al mundo que le entregó a su único Hijo para que todo el que crea en él no perezca, sino que tenga vida eterna» (Jn 3,16). «La prueba de que Dios nos ama es que Cristo murió por nosotros» (Rom 5,8).

La cruz revela la plenitud del amor de Dios. En el misterio de la cruz se pone de manifiesto plenamente el poder irrefrenable de la misericordia del Padre celeste. Para reconquistar el amor de su criatura, aceptó pa-

gar un precio muy alto: la sangre de su Hijo unigénito. La muerte, que para el primer Adán era signo extremo de soledad y de impotencia, se transformó de este modo en el acto supremo de amor y de libertad del nuevo Adán³.

La cruz de Jesús es la prueba tangible del amor de Dios. La cruz muestra a Dios como puro amor generoso y universal. Un Dios que se abaja para abrazar la realidad humana en toda su complejidad. Un Dios que muestra todo su amor y belleza, no en la omnipotencia, sino en la fragilidad. El mensaje de la cruz no es el sufrimiento ni el juicio, sino el inmenso amor de Dios que se entrega todo entero. Este es lo primero que queremos transmitir a quienes vienen a este santuario. Cada peregrino busca, en el fondo, encontrarse con ese amor de Dios representado en la reliquia de la cruz. Somos criaturas naciendo del amor de Dios. Esta es nuestra verdad más honda, por lo tanto, sobre el hombre siempre cabe una mirada esperanzada. La historia, la propia vida, no camina hacia su destrucción porque Dios está sosteniendo todo con su amor, «la cruz es esa marca de amor»⁴. Dios no es un ser sádico, vengativo, al acecho ante cualquier error. Dios es, y solo puede ser, amor.

Junto a la reliquia de la cruz, otro símbolo del amor y misericordia de Dios lo encontramos en la puerta del perdón que se abre en los años jubilares. Entrar por ella es un momento muy significativo para peregrinos y visitantes. Simboliza la acogida y el abrazo de Dios como al hijo pródigo de la parábola. Resulta llamativo la fuerza que tiene este gesto de atravesar la puerta del perdón. No son pocos los que consideran que ya con ello «han ganado» el don del jubileo, o quienes piensan que solo por atravesar la puerta se perdonan todos los pecados. Por eso, para evitar malentendidos o alimentar una espiritualidad mágica, al comienzo de la eucaristía del peregrino, a la vez que se les da la bienvenida, se explica el significado de atravesar la puerta, se hace una pequeña catequesis sobre el amor de Dios manifestado en Jesucristo, y se recuerdan las condiciones que establece la Iglesia para recibir el don del jubileo.

³ BENEDICTO XVI, *Mensaje para la Cuaresma 2007* «Mirarán al que traspasaron».

⁴ M. SÁNCHEZ MONGE, «Marcados por la cruz del Señor» Carta pastoral con motivo de la celebración del Año Jubilar de *Santo Toribio de Liébana 2023* (Obispado de Santander) 29.

Jesús vive

La reliquia de la cruz nos recuerda que el que murió en ella está vivo, que no es un personaje del pasado, ni una doctrina, sino alguien que murió y resucitó y permanece vivo para siempre. Ser cristiano no consiste en saber cosas sobre Jesús, es vivir desde el convencimiento de que está vivo y es un tú con el que la persona puede encontrarse: «Si Cristo no ha resucitado, vuestra fe carece de sentido y seguís aún hundidos en vuestros pecados» (1 Cor 15,17). Este anuncio de que Jesucristo vive es un elemento de la identidad cristiana que se transmite con fuerza en este santuario. Él es fundamento que no se puede cambiar (1 Cor 3,11), sobre el que se construye el ser cristiano.

Aquí llegan personas que no son creyentes, están las que vienen movidas por una religiosidad natural o por motivos espirituales no expresamente cristianos, están quienes se hacen preguntas sin encontrar respuestas. Nosotros el anuncio que hacemos es que se puede creer en Dios sin creer en Jesús, pero no se puede ser cristiano sin creer en Jesús resucitado. La fe cristiana no es una creencia o una experiencia religiosa, es el resultado de un encuentro con alguien que está vivo y con quien se puede establecer una verdadera relación de amor⁵.

En este sentido es importante proponer caminos de encuentro con él. El punto de partida es siempre la situación real de las personas con sus gozos y tristezas, certezas y preguntas, sus valores y creencias. Una acogida de calidad, una escucha atenta, sin juicios ni prisas, un diálogo sincero son los previos que hacen posible que puedan iniciar un proceso que termine en el reconocimiento de Jesucristo como un tú viviente. Después están los lugares de encuentro con el Resucitado: la Palabra de Dios, los sacramentos de la eucaristía y penitencia, los pobres, la comunidad, la Iglesia que celebra que Jesús está presente en medio de ella.

⁵ «No se comienza a ser cristiano por una decisión ética o una gran idea, sino por el encuentro con un acontecimiento, con una Persona, que da un nuevo horizonte a la vida y, con ello, una orientación decisiva». BENEDICTO XVI, *Deus caritas est*, 1.

Si el encuentro de amor con Cristo es posible, el camino del cristiano es el seguimiento de aquel que se ha manifestado como amor entrañable hasta configurar la propia vida con la de él. Lo podemos llamar amor de identificación con Jesús, «ser en Cristo», en términos paulinos, que es un aspecto nuclear de la identidad cristiana. Esto es necesario transmitirlo en todas las celebraciones que hacemos y en todos los encuentros que tenemos con los peregrinos. La reliquia de la cruz es una llamada a ser como Jesús, a escuchar su Palabra y a cumplirla. Es el símbolo que nos da a conocer toda la historia de Jesús y nos introduce en ella para vivir lo mismo que él vivió. No se contempla la reliquia desde fuera, sino que, en ese «largo y amoroso mirar» que es la contemplación, la persona se va identificando cada vez más con ella.

La identificación con Jesús lleva a plantearse la vida desde Jesús y a preguntarse qué es lo que haría él en mi situación. Esto quiere decir que Jesús se convierte en la referencia esencial de la vida que lleva a amar hasta el extremo. Esto es lo esencial cristiano.

En la fe de la Iglesia

El punto de partida de la fe en Jesús está en la Iglesia, una Iglesia plural pero que mantiene la unidad de la fe en expresiones culturales diferentes. Se es cristiano en la Iglesia edificada sobre el fundamento de los apóstoles que vieron al Resucitado, creyeron en él y nos han transmitido su Palabra. Después de más de dos mil años seguimos remitiéndonos a los acontecimientos y a los testigos de primera hora. Los hechos que ocurrieron en Palestina se actualizan de generación en generación hasta el final de los tiempos en la vida de la Iglesia. En la oración de la ofrenda que diariamente lee un peregrino durante los años jubilares se dice: «Somos tu Iglesia y queremos vivir como miembros vivos de tu cuerpo, amándonos los unos a los otros como tú nos has amado».

Creemos que es importante destacar este elemento identitario en un momento histórico en el que las heridas de la Iglesia parecen más evidentes. No pocos de quienes vienen reniegan de la Iglesia, de su

magisterio, de sus normas morales, critican sus escándalos, no para pocos la Iglesia es una institución que pertenece al pasado, que necesita actualizarse porque ya no responde a las necesidades de esta sociedad. Es necesario escuchar con mente abierta y acoger estas críticas. Pero, también, hay que anunciar que no se puede conocer a Jesús y ser cristiano al margen de la Iglesia. Ser cristiano y pertenecer a la Iglesia se da en el mismo acto del bautismo, por lo tanto, no está a merced de las propias disposiciones o inclinaciones personales. Todo lo recibimos de la Iglesia, los sacramentos, la Palabra, las celebraciones, la iluminación y orientación para transitar por la vida. La Iglesia es el subsuelo de todo cristiano. En ella están las raíces que nutren la vida.

El sentido de Iglesia se fomenta ya desde el comienzo con el rito de acogida ante la puerta del perdón. Es la manifestación de una Iglesia plural, distintas formas de entenderla, distintas espiritualidades y estados de vida, y una Iglesia universal formada por personas que vienen de distintas partes del mundo.

Luego está la celebración de los sacramentos y la Palabra que actualizan a Jesucristo muerto y resucitado. La fe de la Iglesia que se preocupa por despertar la presencia de Jesucristo resucitado que está presente en la asamblea.

Por último, María. No estamos en un santuario mariano, aunque sí en la ruta de muchas personas que hacen peregrinaciones por santuarios marianos. Aprovechamos los tiempos litúrgicos, las solemnidades, fiestas y memorias marianas, como ocasión para transmitir el sentido de pertenencia a la Iglesia.

Para la misión. La fraternidad

La oración de ofrenda que ya hemos mencionado termina con este deseo: «Que bajemos de este santuario con una fe más viva y una esperanza más firme; para que nuestras vidas, al comprometerse y responsabilizarse en los grandes problemas de la Iglesia y del mundo, sean más gozosamente útiles para los demás», y con la petición final

con la que concluye la oración: «Señor, cuenta con nosotros». El amor a Dios vivido en medio de las realidades cotidianas de sufrimiento. La cruz es siempre un lugar vocacional. Y la vocación del cristiano es el compromiso de ayuda, la solidaridad con los que sufren, el servicio que redime. Lo que se pide en esa oración de la ofrenda es estar atentos a los infiernos en los que viven tantas personas, descender a ellos, como lo hace Jesús, mancharse con la vida de tantos para intentar sacarlos de ahí.

El trabajo por una sociedad más fraterna, el estar en el mundo al lado de las víctimas, es elemento constitutivo de la identidad cristiana. Venir al santuario y contemplar la cruz tiene una concreción muy práctica: «comprometerse con los problemas del mundo y que nuestra vida sea útil a los demás».

La Iglesia y el mundo presentan muchos retos. Unos tienen que ver con la evangelización como tarea de todos los cristianos. En una sociedad cada vez más plural y secular, hay que asumir la secularidad en lo que tiene de positivo, es necesario fomentar el compromiso evangelizador en las personas que vienen. Hay que aprovechar cualquier momento, casi siempre suelen ser breves, para hacerlo, transmitir que la misión del cristiano es la misión de Cristo. «Comprometerse y responsabilizarse con los grandes problemas de la Iglesia». Descubrir la propia vocación dentro de ella, y cómo contribuir con ella para el desarrollo de la misión⁶.

Y comprometerse y responsabilizarse de los problemas del mundo que necesita de nuestro trabajo y entrega para construir una sociedad, más justa, fraterna, más humana y cristiana. Entendemos que es urgente fomentar en los cristianos el compromiso con los más necesitados. No es posible una identidad cristiana sin un compromiso con el mundo, no es posible la identidad sin vivir la fraternidad: «El que no ama a su hermano, al que ve, no puede amar a Dios, al que no ve. Este es el mandamiento que hemos recibido de él: que el que ame a Dios, ame

⁶ «Descubrir cuál es nuestra misión en este mundo es mucho más que conseguir un puesto de trabajo o elegir unos estudios. Descubrir nuestra vocación, aquella a la que Dios nos llama, es encontrar el sentido de nuestra vida». M. SÁNCHEZ MONGE, «Marcados por la cruz del Señor»..., 53.

también al hermano» (1 Jn 4,20), no es posible mirar la cruz de Jesús y permanecer ciegos a las cruces del mundo.

De forma concreta, durante el año santo, se hace la colecta que siempre va destinada a dos proyectos sociales, uno de carácter local propuesto por la diócesis de Santander, y el otro, más global, elegido por la fraternidad franciscana y que tiene como finalidad la ayuda a los cristianos que viven en Tierra Santa, a través de nuestros hermanos franciscanos, custodios de los santos lugares.

Ecología

Creo que cada vez es menos discutible incluir la ecología como un elemento de la identidad cristiana. Así lo ha puesto de manifiesto el magisterio de los últimos papas⁷. Cada vez es más evidente que el cuidado de la creación forma parte del mensaje cristiano. Así lo vemos y así lo manifiestan muchos peregrinos que quedan impresionados por los caminos recorridos hasta llegar aquí. Se visita el santuario que está emplazado en el Parque Nacional de los Picos de Europa. Esto es un reclamo para muchas personas que peregrinan movidas por el deseo de contacto con la naturaleza, de paz y encuentro consigo mismas y de búsqueda de una experiencia espiritual verdadera. La majestuosidad del paisaje recuerda que la persona no es el centro, que el mundo le pertenece a Dios, por lo tanto, hemos de cuidarla y respetarla⁸. La espiritualidad en su dimensión ecológica está presente en todo el entorno: el monasterio, la vegetación, en los sonidos del bosque, las

⁷ Cf. SAN JUAN PABLO II, *Audiencia general* (miércoles 17 de enero de 2001); BENEDICTO XVI, *Discurso ante el Parlamento alemán* (22 de septiembre de 2011); FRANCISCO, *Laudato si'* (2015).

⁸ «Esta hermana clama por el daño que le provocamos a causa del uso irresponsable y del abuso de los bienes que Dios ha puesto en ella. Hemos crecido pensando que éramos sus propietarios y dominadores, autorizados a expoliarla. La violencia que hay en el corazón humano, herido por el pecado, también se manifiesta en los síntomas de enfermedad que advertimos en el suelo, en el agua, en el aire y en los seres vivientes. Por eso, entre los pobres más abandonados y maltratados, está nuestra oprimida y devastada tierra, que “gime y sufre dolores de parto” (Rom 8,22). Olvidamos que nosotros mismos somos tierra (cf. Gen 2,7). Nuestro propio cuerpo está constituido por los elementos del planeta, su aire es el que nos da el aliento y su agua nos vivifica y restaura». FRANCISCO, *Laudato si'*, 2.

cumbres de los montes, los hitos que señalan las rutas de peregrinación, las ermitas dispersas en el monte.

Como fraternidad franciscana que está presente en este monasterio, tenemos en nuestro fundador, Francisco de Asís, «el modelo más bello»⁹ para transmitir este mensaje de respeto a la naturaleza. El *Cántico de las criaturas* que él compuso es una loa a la belleza de Dios. Francisco va a ser el primero que en el cristianismo llame hermano o hermana a las cosas inanimadas extendiendo el concepto de fraternidad no solamente a las personas, sino a la creación entera.

Siendo consciente de la importancia de esta dimensión ecológica entendida desde los valores del cristianismo, en la pastoral, nos falta encontrar la manera adecuada de incorporar este elemento a la evangelización. Tenemos un rico magisterio, pero nos puede faltar la manera de transmitirlo cristianamente.

Ecumenismo

Lo incluyo como elemento identitario porque expresa la petición de Jesús de que todos sean a uno (Jn 17,21). El ecumenismo lo vivimos principalmente con nuestros hermanos ortodoxos que solicitan celebrar su eucaristía varias veces al año, principalmente la víspera de la fiesta de la Exaltación de la Cruz, aunque la relación con ellos se limite, casi siempre, a prestarles la ayuda que necesitan para el desarrollo de sus celebraciones. El que estas se hagan en el santuario y que sean presididas por la reliquia de la cruz hace crecer el sentido de fraternidad, y sirve de manera práctica al fomento del sentido de la comunión. La palabra y la cruz nos unen más que cualquier teoría.

Mediaciones que ayudan al fomento de la identidad cristiana

Señalo algunas mediaciones de las que nos servimos para fomentar la identidad cristiana en la pastoral del santuario.

⁹ *Ibid.*, 10.

ACOGIDA

Una buena acogida es la condición previa para que este santuario sea un centro de evangelización. Como hemos dicho, vienen personas con motivaciones muy diferentes, de edades muy distintas, de culturas diversas. Es importante que quienes nos visitan se sientan a gusto, escuchados si lo necesitan, que quienes vienen sientan que nos interesan, que son importantes. Acoger la diversidad expresiva de la fe. De esta acogida son responsables las personas voluntarias que colaboran en el desarrollo del año santo y la fraternidad franciscana que habita en el monasterio. Hace años se elaboró un protocolo de acogida a los peregrinos que sigue vigente.

Entendemos que las personas voluntarias que colaboran con nosotros no son, sin más, informadores turísticos. Su persona, su forma de estar, de dirigirse a la gente, el servicio gratuito que prestan forman parte del mensaje que este santuario quiere transmitir. Por eso, es importante estar con ellos, escucharlos, estar atentos a sus necesidades. Se les intenta dar una formación básica sobre la historia del santuario y el significado de la reliquia de la cruz. Durante el año santo se tiene con todos los voluntarios una reunión semanal de coordinación

En esta acogida de calidad hay que mencionar con gratitud a la Cofradía de la Santísima Cruz. Fue fundada en 1181 y es la más antigua del mundo. Tiene entre sus finalidades la de custodiar y «adorar a Jesucristo en la madera de la cruz donde redimió a la humanidad; la propagación del culto a la santísima cruz, cuyo trozo mayor se conserva en el monasterio de Santo Toribio de Liébana»¹⁰.

También está siendo muy importante el disponer de un albergue diocesano para la acogida de peregrinos. El permanente contacto con las personas responsables de la gestión y mantenimiento del albergue, el trabajo conjunto, el servicio de voluntariado en el monasterio que prestan algunas personas del albergue, ha propiciado iniciativas como la de que los peregrinos que lo deseen puedan venir a rezar Laudes con la fraternidad franciscana, encuentros informales, acompañamientos...

¹⁰ *Estatutos de la Cofradía de la Santísima Cruz*, art 2.

IR A LAS CUESTIONES DE FONDO

El continuo paso de personas y la brevedad de las visitas obliga a plantear las grandes cuestiones de fondo que toda persona lleva consigo y la respuesta que aporta la fe en el poco tiempo del que se dispone. Cada persona que viene aquí, independientemente del motivo que le ha traído y del tiempo que permanezca con nosotros, lo hace con su historia, con sus preguntas y cuestiones sin resolver. Hay que explicitar eso que muchos no se atreven a formular: ¿qué será de nosotros, hacia dónde vamos?, ¿qué es lo que realmente queremos?

Y junto a esto ofrecer el mensaje de la cruz de que Dios no es un juez, sino un amante, por tanto, que toda persona es amada por Dios y que la prueba más grande de este amor está simbolizada en la reliquia de la cruz, expresión del amor hasta dar la vida. San Francisco de Asís escribía que quien se acerque a nosotros tiene que percibir que es amado. Para poder hacerlo hay que buscar espacios y tiempos de encuentro que hagan posible este descubrimiento.

EL SANTUARIO COMO ESPACIO SAGRADO

El presentar y preservar el santuario como un espacio sagrado es un esfuerzo que hay que hacer quizá más que en otros momentos. La afluencia de visitantes, el que el monasterio entre en el circuito de visitas turísticas, la pérdida del sentido de lo trascendente hace que se pueda diluir su sentido sagrado. Cuando se entra al santuario se tiene que percibir que está habitado por alguien, que es un signo de la presencia divina, que hay un tú que lo envuelve todo y con el que se puede entrar en relación. Tiene que propiciar que la persona pueda sacar lo que lleva dentro y ponerlo en manos de un Dios que le sale al encuentro, en nuestro caso, en la reliquia de la cruz. Cuando se pierde el sentido de lo sagrado, ya no suscita preguntas, ya no sirve para el fomento de la identidad del cristiano. Somos quienes vivimos en el monasterio y atendemos el santuario quienes primero tenemos que estar convencidos de que estamos en un lugar sagrado, que todo debe hacer referencia a Dios. Hay que cuidar los detalles, una música de fondo, luz adecuada

que invite al recogimiento, un olor suave, unas flores, y orientar a quienes visitan el santuario en el sentido de respeto y decoro al lugar. Es importante que haya un espacio para la oración silenciosa. Nosotros intentamos, no siempre lo conseguimos, que la Capilla de la Cruz sirva a quien lo desee para hacer un tiempo de oración personal.

PROCLAMACIÓN DE LA PALABRA Y CELEBRACIÓN DE LOS SACRAMENTOS

La proclamación de la Palabra y la celebración de los sacramentos es un punto común a todos los santuarios. La escucha de la Palabra es un momento importante de la pastoral del santuario. La «mística» del lugar, el espacio, la celebración, la explicación de las lecturas pueden ayudar a profundizar en el ser cristiano. En este santuario que alberga la reliquia de la cruz —y durante el año santo—, disponemos de un leccionario propio con lecturas escogidas que hacen referencia a la misericordia de Dios, al pertenecer y ser en Cristo, a la cena del Señor y a su pasión. Sobre estas lecturas se hace la predicación, que quiere ayudar a las personas que celebran la eucaristía con nosotros a una comprensión más exacta y madura de la identidad cristiana. También se procura que haya catequesis, charlas y encuentros en torno a la Palabra.

La celebración de los sacramentos, especialmente reconciliación y eucaristía, son lugares privilegiados de encuentro con aquel que, muerto en la cruz, ha resucitado.

El sacramento de la reconciliación tiene especial importancia. Son numerosas las personas que vienen a la confesión después de muchos años sin hacerlo con un deseo sincero de cambiar de vida. La escucha sin prisas, el ayudar a la persona a abrirse a la misericordia de Dios, el que tome conciencia de su verdad y responsabilidad con su vida, el proponerle caminos de renovación... Estas personas encuentran en este sacramento un lugar privilegiado. Sería necesario proponer celebraciones comunitarias de la penitencia dando a la reconciliación un sentido más eclesial, más comunitario y más participativo.

La celebración de la eucaristía debe tener en cuenta la diversidad celebrativa de los distintos grupos que vienen y que desean participar

en ella y expresar su identidad colectiva o nacional con sus cantos, sus estandartes y banderas, sus trajes. Cuando vienen grupos diversos, la participación de todos ellos en la celebración eucarística es signo de comunión eclesial y universalidad de la Iglesia. Es necesario una mente abierta, al mismo tiempo que discernir qué es lo que se puede y no se puede hacer.

EL ACOMPAÑAMIENTO

Mi experiencia personal en el tiempo que llevo es la necesidad de buscar espacios y tiempos para el acompañamiento. No siempre sabemos hacerlo, no siempre nos hacemos lo suficientemente visibles para que quien lo desee pueda ser escuchado. Pero existe esta demanda real. Muchas personas vienen aquí y quieren experimentar algo importante para su vida y necesitan orientación. Son importantes la celebración de los sacramentos, las catequesis sobre el significado de la cruz, el cuidado del espacio sagrado del santuario, pero también la presencia de agentes pastorales que se presten a acompañar historias de vida. A veces será acompañar en silencio, otras rezar una oración juntos, otras decir una palabra. Creo que es un aspecto que cuidar en la pastoral de los santuarios.

Conclusión

El santuario de Lignum Crucis, por la presencia de la reliquia de la cruz, por su larga tradición, lugar jubilar extraordinario y por el entorno geográfico en el que está enclavado, es un lugar privilegiado para el encuentro con Jesucristo y de transmisión del mensaje cristiano. Es en la relación con Jesús donde nos estamos jugando nuestra identidad.

Constatamos que las personas que vienen al santuario, generalizando, son cada vez menos cristianas. Esto plantea retos, quizá el más importante es que no se pierda el sentido sagrado del santuario. Tenemos un gran desafío. Distinguir lo turístico de lo celebrativo para que no se lo coma, potenciar o crear mediaciones nuevas: acompañamiento con personas preparadas, cuidar espacios y tiempos de oración.

Creemos que es importante fomentar el sentido de Iglesia, así como el compromiso cristiano por una sociedad más justa. Muchas de las personas que vienen no tienen ninguna relación con la Iglesia institucional. No hay identidad plenamente cristiana sin Iglesia. Respecto al compromiso, la reliquia de la cruz nos pone delante a todos los crucificados de nuestra sociedad. No nos podemos conmovir ante un madero que nos recuerda a Cristo y no hacerlo ante quienes lo están pasando mal.